

recomendada por León XIII el Grande; comprobada por Quatrefages, Lapparent y Pasteur, príncipes de la ciencia moderna.

La historia de nuestro instituto registra los nombres de algunos colegiales que, después de ganar honrosamente la beca blanca, desfallecieron en la tarea; los nombres de unos pocos que fueron traidores a sus juramentos. ¡Voluntades anémicas que se echaron a la vera del camino, a la mitad de la primera jornada! ¡Cabecitas sin meollo que empezaron a sentir el vértigo de las alturas al levantarse unas pulgadas del suelo!

No acontecerá esa desgracia con vosotros. Así me lo prometen vuestros antecedentes; así se lo pido todos los días a la Virgen Santísima del Rosario; así lo exige la patria colombiana, que necesita hoy, como siempre, de *hombres*, de *varones* constantes, dueños de la libertad que Cristo nos trajo del cielo y esclavos únicamente de la conciencia y el deber.

LA ORIGINALIDAD

Hay originalidad o novedad de ideas, y originalidad de forma o estilo.

La originalidad absoluta de ideas es de genios excepcionales, pues ordinariamente no hay ideas nuevas: *nihil sub sole novum* (1); o como advierte La Bruyère, ya todo está dicho después de miles de años en que no ha tenido reposo el pensamiento humano (2).

Con mucha razón dice Valera que si pretendiéramos ser absolutamente originales, tendríamos que leer todos los libros del mundo para no ir a repetir algún pensamiento ajeno.

(1) Eccl. I, 10--Cfr. Albalat, *La formation du style*, página 31.

(2) En parecidos términos se expresa Balzac.

En la práctica, pues, sólo hay originalidad relativa de ideas, es decir, originalidad de estilo; y así como diversos artífices hacen de una misma materia obras distintas, también diversos autores dan distinta expresión a un mismo pensamiento, por el estilo en que respectivamente lo declaren. Mas para que dicho estilo se eduque, es necesaria la discreta imitación de buenos modelos, estudiando los medios de que se han valido (1).

Cuando nos guste algún pensamiento ajeno y no sepamos expresarlo mejor, podemos reproducirlo textualmente CITANDO SIEMPRE AL AUTOR U OBRA DE DONDE LO HAYAMOS TOMADO; o al menos poniendo entre comillas la cita. También se cita inderminadamente, diciendo v. gr., «según advierte un escritor,» «como cantó el poeta,» «en expresión del dramaturgo.»

Así, pues, *citar* es copiar pasajes ajenos, *pero dando a conocer que lo son*.

Plagiar es repetir literal y furtivamente la expresión de un pensamiento ajeno.

Pastiche es un plagio incompleto que se verifica, v. gr., usurpando un párrafo de algún escritor, *con leves variantes*. «Tal es, dice Macaulay, la suerte de los autores eminentes en sus principales pasajes, condenados a sufrir los diversos grados de la profanación, pasando de ellos a otros, como las ropas del amo, que visten los criados acomodándolas a su cuerpo; y luego sus deudos o sus hijos después de volverlas o remendarlas; y que acaban sirviendo en la punta de un palo para espantar los pájaros en los sembrados.»

Parodiar es remedar en parte el lenguaje de una

(1) Vid. Caro, *Silvas americanas*. «Le style est la physionomie de l'âme, disait heureusement un philosophe antique: *oratio vultus animi est.*» Buffon, *Discours sur le style*.



composición, pero acomodándolo a un asunto diverso, ordinariamente jocoso:

«Estas, Pepa, ay dolor! que ves ahora
Cucharas de metal pálido y mate,
Fueron un tiempo nítida vajilla.»

Caicedo Rojas, *Las cucharas de plata.*

Imitar es unas veces adoptar las construcciones gramaticales (1), la colocación de las palabras o el vocabulario escogido de un buen escritor: imitación meramente gramatical o de lenguaje. Otras veces la imitación consiste en adoptar los procedimientos y el orden que algún autor emplea cuando explica, narra o describe, etc. Y otras veces consiste en elegir simplemente algunas ideas del mismo, pero expresándolas en forma distinta (2). En estos dos últimos casos hay imitación literaria propiamente dicha.

La gramatical, si se practica moderadamente, puede servir para enriquecer el propio lenguaje: pero hay el peligro de que resulte una caricatura del lenguaje ajeno. Tal sería la costumbre de posponer verbos y participios, so pretexto de imitar a Cervantes. Sabiendo que el idioma dispone de innumerables voces y giros de uso general, no hay para qué ir a calcar el lenguaje de un autor exclusivo. Es más útil y meritorio imitar las cualidades del estilo que las minucias del lenguaje.

De lo dicho se sigue que hay plagio cuando se repite literalmente toda una figura empleada por otro escritor; pero no cuando se toma la *idea* que tal figura entraña, modificándola, mejorándola o adaptándola a un asunto análogo. Porque del mismo modo que un pen-

(1) Llámense giros las diferentes construcciones gramaticales de una frase.

(2) «Efforçons nous de ne pas dire ce que les autres ont dit, ou du moins disons-le autrement.» Albalat, op. c.

samiento puede recibir varias formas, una figura puede servir para diversos pensamientos. Así la volubilidad de las olas del mar servirá a sendos autores para una comparación con las vicisitudes de la vida, con la sucesión de los tiempos, con la agitación de las pasiones o con la actividad del pensamiento. Tendríamos entonces un símil idéntico, pero aplicado a objetos distintos, luego no habría plagio.

Otros ejemplos:

La muerte llama de igual modo en palacios y cabañas
» » busca » » » la púrpura y harapos
» » huella » » » los estrados y los tugurios.

Ahí la idea común que las tres imágenes significan es que «la muerte no perdona a ricos ni a pobres.»

Así como Carlos V dijo que nunca se ponía el sol en sus dominios, también Webster, hablando de Inglaterra dice: «Es una potencia que con sus posesiones y sus armas ha cubierto la superficie del planeta; y cuyos atambores matinales van acompañando al sol en su carrera para ceñir la tierra con una serie no interrumpida de redobles patrióticos.»

De un modo parecido un escritor nuestro, combinando las ideas de ambos personajes, hermosamente alude al poder del pontificado en estos términos:

«El Vicario de Cristo en la tierra, más poderoso que el gran monarca dueño del antiguo imperio de los dos mundos, no oye jamás callar la oración en sus dominios, que circundan el globo; y en donde la lamparilla de la fe, encendida ante la Eucaristía, forma inmensa cadena de fuego inextinguible, faro que ilumina a la humanidad en su difícil peregrinación» (J. V. Concha).

Suele también acontecer que dos o más escritores coinciden, sin saberlo, en las figuras o en las ideas

que les sugiere la consideración de un mismo asunto. Ejemplo:

1.º «Los verdaderos vates guardan para la posteridad revelaciones que sólo se hacen patentes después de largos años; como esas estrellas extinguidas hace siglos, y cuyos bellos resplandores llegan ahora a iluminar la tierra» (Gómez Restrepo).

«El claro ejemplo de esos hombres, con su fe y su energía, resplandece al través de los tiempos, brilla en la noche del pasado, como la luz de los soles extinguidos, que siglos después de apagarse aquellos astros, todavía cruza el espacio y llega a iluminar los ojos extasiados de los hombres» (Rivas Groot).

2.º «Cada ciudadano tiene en sí algo del presente, algo del porvenir de la patria. Cada uno va llevando el grano de arena que formara en el porvenir la montaña de futuras grandezas; cada cual irá cavando el abismo en que la patria habrá de sepultarse» (Zaldúa).

«La historia nos enseña que las naciones y los hombres, en la serie indefinida de las causas, sufren la consecuencia de sus errores y desvíos. Ellas a un tiempo mismo productos del pasado y genitoras del futuro, laboran en cada instante de su vida por su grandeza o decadencia» (Emilio Cuervo Márquez).

3.º «La filosofía, aunque árida y especulativa por naturaleza, es la fuente que vivifica todos los conocimientos, todas las ciencias y todos los sistemas; es como aquellas montañas de nuestros Andes, que se divisan en remotos confines, coronadas de nieve o cubiertas de brumas, escaladas apenas por amarillentas gramíneas o robles ateridos, pero de cuyos flancos descienden mil vertientes que van a fertilizar los calurosos valles y a engrosar el caudal de nuestros grandes ríos» (Suárez).

«No faltarán quienes fascinados por el ruido de los adelantos materiales, consideren las labores filosóficas, algo así como una ociosidad brillante sin influencia alguna en la práctica de la vida.

Discurren como los labriegos de la falda de nuestros montes, quienes al contemplar las cimbras del Toluima o de la Sierra Nevada, las tienen como objetos dignos de admiración, pero de los cuales nada se prometen ni esperan; a tiempo que sin saberlo ellos, esos gigantes de cristal están nutriendo los arroyos que les brindan con sus aguas purísimas, les riegan sus plantíos y les abrevan sus ganados» (Rengifo).

4.º «Como los exploradores de la tierra de Canaán llevaban a su pueblo en frutos y flores la comprobación innegable de su viaje, así el poeta sale de ese mundo donde el misterio reina, trayéndonos en estrofas frescas y embalsamadas como primicia de la tierra prometida, un fruto inestimable: el himno sagrado de Cibeles» (Carlos Arturo Torres).

«Para franquear la originalidad, campo razonable en el mundo de las inteligencias, preciso es que se muestre atemperada y avance con sano desembarazo por los caminos reales si bien anticipándose al descubrimiento de los demás, como los exploradores de la tierra de Canaán, que regresan trayendo a la vista de sus compañeros ubérrimos racimos, apenas en algo sospechosos, mas no conocidos por los que aguardan la embajada» (Ismael Crespo).

Para que mejor se vea cómo pensamientos análogos pueden aplicarse a diversos objetos, compárense estos dos fragmentos de Macaulay:

«Su imperio intelectual es eterno; y cuando los rivales de su grandeza pasada y de su inmenso poder corran su misma suerte; cuando la civilización y la ciencia hayan sentado sus reales en apartados conti-

mentes; cuando el cetro de Inglaterra yazga roto en pedazos o le sea arrebatado por mano más fuerte que la suya; cuando los viajeros de lejanas tierras busquen con afán en pedestales carcomidos por la inclemencia del tiempo el nombre de nuestro jefe más ilustre, y oigan entonar salvajes canturias en honor de ídolos informes en medio de las ruinas del más grandioso y altivo de nuestros templos, y vean pescadores desnudos y solitarios remendar las mallas de sus redes a orillas del Támesis, entonces todavía vivirán la influencia y la gloria de Atenas» (*La Grecia*).

«La Iglesia católica fue grande y respetada mucho antes que los sajones desembarcaran en la Gran Bretaña; antes que los francos pasaran al Rhin; cuando la elocuencia griega florecía aún en Antioquía; cuando se adoraban ídolos en el templo de la Meca. Y existirá todavía con no amenguado vigor, cuando algún viajero de Nueva Zelanda, se detenga en medio de vasta soledad sobre un arco roto del puente de Londres, para bosquejar las ruinas de la Catedral de San Pablo» (*La dinastía pontificia*).

La buena imitación es una invención continua, observa Laveaux; y según Brunetière es el preámbulo de la originalidad. Es, pues, la imitación literaria una práctica legítima que acostumbra los grandes autores; porque en vez de impedir la inventiva personal, excita el ingenio y sugiere por asociación nuevas ideas que pueden modificarse indefinidamente. Sin esta imitación la literatura sería estéril. Dante imitó a Virgilio y éste a Homero; y sin embargo fueron escritores originales, *pues dieron forma original o adaptación nueva a pensamientos o asuntos ajenos*. De suerte que es craso error el de muchos que hasta ahora han llamado plagio la imitación (1).

(1) It has been well said, that invention in art does not consist in finding out something new, but in finding a new value in something old (Hill, ap. c.).

Mas como de todo puede abusarse, los imitadores tienden a exagerar, y todo rasgo exagerado es grotesco. Según Quintiliano, uno de los peligros de la mala imitación es extremar los defectos de un autor, y adquirir los vicios que van adjuntos a sus cualidades. La elevación se reemplaza entonces con la hinchazón, la concisión con la sequedad... y la sencillez con la negligencia. Y Cicerón observa que los imitadores suelen más bien contraer los defectos que adoptar las cualidades de los grandes modelos.

Otros ejemplos mostrarán cómo puede haber imitación sin plagio. Dice Cuervo:

«Nada en nuestro sentir simboliza tan cumplidamente a la patria como la lengua: en ella se encierra cuanto hay más de dulce y caro para el individuo y la familia; desde la oración aprendida del labio materno y los cuentos referidos al amor de la lumbre, hasta la desolación que traen la muerte de los padres y el apagamiento del hogar. Un cantarcillo popular evoca la imagen de alegres fiestas, y un himno guerrero la de gloriosas victorias. En una tierra extraña, aunque halláramos campos iguales a aquellos en que jugábamos de niños, y viéramos allí casas iguales a aquella donde se columpió nuestra cuna, nos dice el corazón que si no oyéramos los acentos de la lengua nativa, deshecha toda ilusión, siempre nos reputaríamos extranjeros y suspiraríamos por las auras de la patria».

Este trozo podría imitarse sin repetir una palabra:

«Es el idioma, según creo, fiel trasunto de la tierra en que nacimos; porque nos recuerda lo más sagrado y querido para nosotros: las plegarias que nos enseñaba nuestra madre, las consejas que escuchábamos en las veladas de familia, las penas mismas de la orfandad. Así, la tonada de un labriego nos trae a la me-

moria populares regocijos; un canto marcial es eco de los antiguos triunfos. Y, cuando lejos del país nativo percibimos extraño lenguaje, nos sentimos más que nunca desterrados, pues en vano podremos contemplar campiñas iguales a las que conocimos en la infancia, o viviendas que nos sugieran la semejanza del techo paterno» (1).

La tan conocida oda *A la Agricultura de la Zona Tórrida*; despojada de sus perifrasis e imágenes, puede reducirse a lo siguiente:

«Es la zona tórrida la más fértil del globo, fecundada por el sol en toda época del año. Produce, en efecto, la vid y el trigo; sus campiñas ostentan diversidad de flores y frutos, como la *parcha* y la piña; y en llanos y cordilleras hay abundancia de rebaños. La caña de azúcar es allí preferible a las colmenas; la cochinilla hace olvidar la púrpura de la antigüedad, y el añil rivaliza con el zafiro. Hállase gran variedad de palmeras. Y mientras el cacao, el agave y el café proporcionan bebidas deliciosas, cultívanse también el tabaco y el algodón, la yuca y la papa, el maíz, y en especial el plátano, de fácil cultivo, pues no requiere podas ni previo laboreo de la tierra; y es tan exuberante, que después de copioso rendimiento deja en pos suya numerosos renuevos.»

Véase todavía cómo pueden expresarse varia y bellamente conceptos tan vulgares como el adagio antiguo «la letra con sangre entra, y la labor con dolor»:

«No penséis que basta levantar el brazo desde el suelo para coger los frutos de la ciencia. Esa sería una ilusión funesta. Os aguardaría el desengaño y en seguida el desaliento. Seríais como soldados que imagi-

(1) Proponemos este ejemplo como simple ejercicio escolar de redacción, pero no nos atrevemos a aconsejarlo como práctica literaria usual fuera de las aulas.

nando alcanzar la victoria a la primera arremetida, con el ímpetu con que embisten, se desbandan luego» (Caro).

«No creáis que falte a vuestro trabajo el prestigio de la dificultad. Delante de todo reino prometido en la ciencia y en la industria, se extiende siempre el desierto de la desconfianza y de la prueba. A ningún mundo nuevo de cosas o de ideas se llega jamás sin arrostrar las tempestades de la naturaleza, que son grandes; y las cóleras de los hombres, que son mayores» (Santiago Pérez).

«Si con violencia se conquista el reino de los cielos, con violencia también logramos penetrar al cielo de la tierra, a la esfera de la inteligencia y del sentimiento, en la cual se presienten las grandezas de esotro» (Cuervo).

«El reino de la ciencia, como el reino de que hablaba el Salvador, padece violencia, y sólo se alcanza conquistado. Buscad la sabiduría por el camino del estudio y la constancia, persuadidos de que ningún trabajo asiduo quedará sin fruto. E inspirándoos en el amor de la gloria y de la patria, haced vuestra la divisa que alentaba en otro tiempo a los valientes: *ferendum atque sperandum*, paciencia y esperanza» (Suárez).

RESUMEN: Podemos en estilo propio expresar ideas ajenas; o en estilo imitado, ideas que nos hayan ocurrido.—El plagio no es imitación sino repetición servil.

La imitación adopta vocablos o ideas, el plagio usurpa totalmente la forma.—El pastiche es imitación artificial y servil, es decir, un plagio incompleto.

JUAN C. GARCIA
Presbítero.